

# El Síndrome de la Bata Blanca

Ana Castelló Ponce  
Unidad Docente de Medicina Legal  
Universitat de València

Hace ya algunas semanas en su contribución en una revista dominical, Arturo Pérez Reverte trataba sobre el poder del chaleco. Pero no de uno cualquiera, sino uno de esos fluorescentes que suele llevar la policía. Comentaba, como sólo el sabe hacerlo, su efecto no sólo sobre el que lo viste, sino también sobre el resto de las personas que lo rodean.

Para el portador de la prenda mágica, supone una inyección de autoestima que le induce a actuar con total autoridad. Y respondiendo a su actitud, los demás, aceptamos su mandato sin protestar. Quizá porque instintivamente pensamos que alguien con esas señas de identidad, sin duda alguna está resolviendo la situación como se debe.

He podido comprobar, aplicando el método científico, la teoría del Maestro Pérez Reverte. Sólo hay que fijarse en el organizador espontáneo de parking (antes, *gorrilla*), que ejerce su función alrededor del hospital: desde que luce su chaleco, no hay quien le discuta. Ni siquiera aunque organice un atasco tremendo, como es bastante habitual.

La lectura del artículo, me hizo pensar en otra prenda de vestir que también cambia la percepción que los demás sobre persona que la lleva: se trata, como habrán podido adivinar de la bata blanca.

Sin embargo, existe una diferencia fundamental con respecto al chaleco; así como este último ha ido aumentando su prestigio, la bata, al menos según mi experiencia, lo ha ido perdiendo.

Digo según mi experiencia porque hace ya ... bueno, muchos años, cuando empecé a trabajar en la Facultad de Medicina, el hecho de vestir una bata blanca se traducía en que, incluso en los pasillos de la Facultad o a la calle, las personas se dirigían a nosotros a pedir información, siempre con educación y respeto. En ese momento había bastante diferencia en cómo eras tratado si llevabas bata o si no, a favor de los primeros.

Sin embargo, las cosas han cambiado desde entonces. Y desgraciadamente, ha sido para mal. Esta afirmación también, está fundamentada en resultados de investigación:

Hace un tiempo, acudí al hospital para pedir cita para una revisión. Como sólo había que cruzar una calle, no se me ocurrió quitarme la bata.

Al llegar a la ventanilla adecuada, había varias personas esperando que, en el momento en el me vieron llegar, me miraron con lo me pareció desconfianza. Como es lógico, ocupé mi lugar en la cola, esperé mi turno, conseguí la cita y volví al trabajo.

Dos meses más tarde, en la fecha y hora indicadas, acudí a la consulta. De nuevo, en la ventanilla de control, esperé hasta que me pudieran atender y fui a sentarme a la sala de espera, después de que me advirtieran de que había algo de retraso.

En ese momento la situación comenzó a ponerse tensa. De las primeras miradas, esta vez sin duda alguna, de desconfianza, se pasó a comentarios, eso sí, en voz baja, del tipo "ahora encima se nos van a colar" o similares.

A continuación, pude asistir a diferentes relatos, todos sobre el mismo tema: situaciones de enfrentamiento con médicos o enfermeras por razones de lo más variado.

De nada sirvió que esperara una hora y cuarto hasta que llegó mi turno. Cuando me llamaron por megafonía, aún fui obsequiada con el típico "ya lo ves, ya ha conseguido pasar primero", para terminar, con un original y novedoso: "y ahora, encima, igual se lo lleva a tomar café".

La verdad es que fue una vivencia impactante y que lleva a pensar en cómo se ha llegado a esta situación. De la confianza y el respeto, se ha pasado al extremo contrario sin apenas pasos intermedios.

Y lo que es indudable es que llevar acumulado ese nivel de agresividad antes de entrar a la consulta, no debe facilitar en absoluto la relación con el médico y destruye sin duda, la confianza que se debe tener en el.

Esto es así porque debe ser difícil fiarse de alguien a quien, para empezar, se le supone capaz de tratar de forma desigual a sus pacientes, e incluso de dejarlos esperando, mientras se va tranquilamente a tomar café con un colega.

Entonces ¿cuál es la solución, si es que la hay? Francamente, no lo se. Seguramente parte de un esfuerzo conjunto por parte de la administración (más medios, menos espera,

menos crispación) y del personal sanitario. Pero también es fundamental un cambio de actitud de los pacientes, que igual que exigen ser respetados, deben también tener consideración con los profesionales. Al menos conceder la presunción de inocencia como debe ser.

De momento, y mientras sigo pensando en el asunto, he tomado una primera y cobarde decisión: la próxima vez que acuda al hospital, lo haré sin bata. Al menos así, la espera será más tranquila.